

Magnífica Humanitas

Pensar el presente y el futuro desde
la opción por los pobres y por la Tierra

El Poder tecnológico,
la Inteligencia Artificial y
la Teología de la liberación.
Cesar Kuzma

amerindiaenlared.org

El poder tecnológico, la inteligencia artificial y la teología de la liberación

Cesar Kuzma

Me gustaría empezar esta mi reflexión – con la tarea no muy fácil de proponer aquí un aporte teológico, una visión con algunas preguntas que entiendo necesarias para contextualizar todo este proceso y realidad en que vivimos, para que podamos situarnos en este espacio, de forma abierta, libre, atenta para escuchar, con humildad, pero también con cierta osadía y libertad para avanzar en algunos puntos. ¿Qué se pasa cerca de nosotros? ¿Qué se pasa lejos de nuestros espacios y realidades? ¿Qué desafíos llegan y con que disponibilidad nos abrimos para ver, sentir y escuchar lo que se pasa? ¿Asumimos una posición o nos quedamos paralizados frente al que ocurre y que grita cerca o a lo largo de nosotros? ¿Hay compasión o hay indiferencia? Preguntas. Interpelaciones.

Cuando hablamos del poder tecnológico y de todos los avances de la inteligencia artificial, nos encontramos ante un acontecimiento —y un momento de la historia— que ocurre a la vez cerca y lejos de nosotros, de forma global y local, en realidades que se cruzan y en una interseccionalidad que nos afecta totalmente. De hecho, todos/todas estamos implicados directa o indirectamente en este nuevo tiempo. Estas preguntas (y tantas otras que podríamos plantear) tienen implicaciones humanas, sociales, políticas, económicas, socioambientales y religiosas; por lo tanto, también son implicaciones teológicas, ya que la forma en que la teología se entiende en este contexto y la manera en que articula su pensamiento y su actuación se convierten en un factor importante. En lo que se refiere a la fe cristiana propiamente dicha, la teología no puede eludir el tema ni dejar de dialogar ni de confrontarse, porque su base epistemológica radica en la creencia en un Dios que se hizo humano, que se hizo carne —*sarx*— y que lo asumió todo. Nada es ajeno a la fe, y la fe responde de manera efectiva en el contexto en que se encuentra, donde vivimos. Hoy es el «hoy» de la historia y, efectivamente, el «hoy» de la fe (desde una perspectiva escatológica: en una fe y una esperanza que se cumplen y se anticipan en la historia, en un «ya» que se corresponde con ello). Por lo tanto, la teología tiene algo a decir, tiene el derecho a expresar su opinión. Pero no una opinión destructiva y sin compromiso con la verdad, sino una opinión en diálogo y en la búsqueda de la comprensión. Para ello, debe escuchar, aprender, discernir y hablar. Nuevas preguntas, nuevas respuestas (o incluso, nuevas preguntas). Nuevas cuestiones, nuevas acciones. Nuevas fronteras para el hacer teológico y para el todo del existir humano.

Hoy —en este tiempo y espacio— nos encontramos ante un mundo que ha cambiado por completo y nuestra forma de percibir la vida y el hecho de estar en este mundo exige atención, responsabilidad y cuidado. Un cambio de época, como repetidas veces nos ha alertado el papa Francisco. Atención, porque estamos llamados a ver más allá de lo que se nos presenta, a mirar en profundidad y descubrir otras verdades y realidades que a menudo se nos ocultan. Responsabilidad porque entendemos que no estamos solos en este espacio; hay otras personas que caminan a nuestro alrededor, y no todas son conscientes de este cambio. Esta situación exige que nuestra atención y responsabilidad sean mayores, para que nadie se quede para atrás y para que todo lo que ocurra en este mundo transformado sea capaz de incluir a todas las personas —y sabemos que no es así. Y cuidado, porque proviene de lo que aprendemos de la fe: tener una actitud samaritana, en la que la atención y la responsabilidad se materializan en el cuidado hacia el otro, hacia quien nos acercamos y de quien asumimos, con compasión, su dolor y su vulnerabilidad. En verdad, situaciones de vulneración y precarización —vidas precarias— trayendo aquí una expresión de la filósofa Judith Butler. Sin duda, esto plantea retos a la hora de reflexionar sobre la sociedad, también sobre la fe. En estos nuevos escenarios, o frente a estas «nuevas cosas», «nuevas cuestiones», como dice el Papa León XIV en su encíclica *Magnifica Humanitas*, nos enfrentamos con realidades que cobran a nosotros la relevancia y la exigencia de una teología también liberadora. Esta intención de teología es y se exige liberadora porque libera al ser humano de las nuevas estructuras y condiciones que lo aprisionan, que lo esclavizan y que le impiden vivir y crecer plenamente. Una teología liberadora debe ayudar a romper las corrientes de las nuevas formas de esclavitud, que se alimentan de nuevas estructuras económicas y de infraestructuras digitales, un nuevo colonialismo, que exige que nuestra forma de pensar y de hacer teología (y aquí liberadora) sea también decolonial, que mire a otros espacios, que escuche a otras voces y que pueda hacer un rescate de aquellos y aquellas que no pueden quedarse para tras. Debemos buscar a todos/todas, y en todas partes. En la tradición cristiana y por la Doctrina Social de la Iglesia, se habla de estructuras de pecado. Esta es una característica fuerte de la tradición de la Iglesia cristiana —aquí hablo como cristiano y teólogo católico, pero mirando a otras tradiciones religiosas e iglesias cristianas es posible ver lo mismo, pero que en la teología de la liberación es una práctica constante. Si hace una opción por los pobres, con los pobres y contra la pobreza, esto es, contra todas las estructuras que generan la pobreza, la injusticia y que no favorecen un desarrollo humano integral. Como nos ha enseñado Gustavo Gutiérrez, pobreza significa

muerte. Muerte injusta. La defensa de la vida exige compromisos concretos con la justicia, en su aspecto social y restaurativo. Acerca de esto, en la exhortación *Dilexi Te*, el Papa León llama la atención para las nuevas estructuras de pecado que crean pobreza y desigualdades extremas. Pero, hoy en día, estos pecados traen rostros y nombres bien definidos. Cosas nuevas, retos nuevos.

El mundo digital y todo el poder tecnológico que avanza traen, sí, sus beneficios, pero también traen sus retos. La mirada de la fe cristiana y lo que hemos heredado de estos más de 50 años de teología de la liberación nos invitan a preguntarnos siempre por los últimos, por aquellos que serán invisibilizados por el sistema y por las estructuras de poder —que son también estructuras de necropoder. Lo hacemos esto, siguiendo una línea liberadora, en favor de la vida, en favor de la justicia, en favor de los empobrecidos, en favor de una esperanza que nos anima y nos impulsa a ofrecer y crear un mundo nuevo, en un *profetismo utópico* capaz de imaginar un nuevo ser humano, una nueva tierra, y una nueva relación. No se trata de que estemos en contra del avance tecnológico; este es fruto de vidas, historias y de la inteligencia humana, que es un don de Dios. La cuestión es: ¿a quién sirven estas cosas nuevas? Salvaguardar lo humano, que es lo que pide la *Magnifica Humanitas*: así la liberación será plena e integral.

En su mensaje con motivo de la celebración del Día Mundial de la Paz de 2024, el Papa Francisco abordó el tema de la inteligencia artificial y la cuestión del poder que conlleva, a lo que denominó «paradigma tecnocrático» (LS, n. 106-114). León XIV hice lo mismo en su encíclica (MH, n. 92-96). En esa ocasión, Francisco planteó dos preguntas: «¿Cuáles serán las consecuencias, a medio y largo plazo, de las nuevas tecnologías digitales? ¿Y qué impacto tendrán en la vida de las personas y de la sociedad, en la estabilidad y en la paz?». Pensando en nuestra reflexión, planteo también otras dos preguntas, que se suman a estas: ¿De qué manera la fe cristiana, así como otras expresiones y confesiones religiosas, deben integrar y responder a estos retos, dado que el ser humano y todo el mundo que le rodea ya se ve y se verá afectado por todo ello? ¿De qué manera puede una teología liberadora ofrecer algo nuevo ante este contexto, ya que muchos quedarán relegados, dejados para tras, como si fueran sobras y desechos? Retomo aquí lo que he comentado en el inicio, sobre la atención, la responsabilidad y el cuidado.

No hay respuestas listas para estas preguntas, lo que exige una forma sinodal de contestarlas. Sobre esto, en tentativa de hacer algo juntos o de ofrecer posibilidades, la encíclica nos invita a permanecer como humanos. Esto es fundamental. Es lo más

importante. En la teología de la liberación, se habló siempre de una liberación integral, y este aporte es fundamental para comprender la exigencia de nuestro tiempo. Más, hay que compartir experiencias de vida, para reencontrar la esperanza, y que ella sea crítica y constructiva, y colectiva. Y frente a toda cultura del poder, somos invitados a formar una civilización del amor. El amor es lo que nos hace humanos, y es la manera como se puede conocer y experimentar a Dios.

Termino mi reflexión trayendo una pregunta que nos ha dejado Gustavo Gutiérrez, y que creo ser importante y necesaria para todo este contexto, frente a este poder tecnológico, el avance de la inteligencia artificial, las cuestiones económicas, políticas, y todo lo que nos interpela en nuestra sociedad y en nuestra fe: «¿Dónde dormirán los pobres?». Esta es una pregunta central para el modo de pensar y hacer teología de la liberación, y que pienso, y creo, es también una pregunta central para toda y cualquier teología que pretenda ser cristiana. Conforme nos ha dicho el papa León XIV en la *Dilexi Te*, este es «núcleo incandescente de la misión eclesial [...]». No es posible olvidar a los pobres si no queremos salir de la corriente viva de la Iglesia que brota del Evangelio y fecunda todo momento histórico» (DT, n. 15).

Cesar Kuzma

Brasileño, teólogo laico, casado y padre de dos hijos. Profesor de Teología en la PUCPR, en Curitiba, Brasil. Colaborador de Amerindia. Miembro de la Comisión Teológica de Cáritas para América Latina y el Caribe, y del Consejo del Centro de Gestión del Conocimiento del CELAM. Miembro del Consejo Editorial de *Concilium*. Y, desde agosto de este año, coordinador-ejecutivo del Foro Mundial de Teología y Liberación.